ORACION PANEGÍRICA,

12

QUE EN LA REAL IGLESIA ORATORIO
DE SAN FELIPE NERI
DE ESTA CORTE
CON MOTIVO DE CELEBRARSE EN ELLA
LA PRECIOSA MUERTE

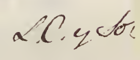
DE S. FRANCISCO DE BORJA

Á DEVOCION DE SU NIETA PRIMOGÉNITA
LA EX.MA SEÑORA
CONDESA DUQUESA DE BENAVENTE,
DUQUESA DE BEJAR, DE GANDIA, DE ARCOS, OSUNA, &c.

DIXO
EN 1.º DE OCTUBRE DE ESTE AÑO DE 1791

D. PEDRO ANTONIO MUGABURU Y LA ENCINA, Presbítero, Licenciado en Sagrada Teología, Beneficiado por oposicion de la Iglesia Parroquial de San Nicolas de Bari, Individuo del V. Cabildo Eclesiástico de Señores Curas y Beneficiados, y Misionero Apostólico.

QUIEN LA DEDICA
Á LA MISMA EX.MA SEÑORA.





MADRID MDCCLXXXXI.
EN LA IMPRENTA DE LA VIUDA DE DON JOAQUIN IBARRA.
CON LICENCIA.

EX.^{MA} S.^{RA}

SEÑORA.

No busco en V. E. un Mecenas, que me defienda de las censuras del vulgo. No quiero ofender la modestia de V. E. con una difusa relacion de los distinguidos, no ménos que notorios blasones, que esmaltan su Casa, y amables prendas que adornan su persona. Tampoco es mi ánimo expresar los motivos por que deba dedicarse á V. E. esta Oracion predicada en honor de su glorioso Ascendiente

el Marques de Lombay y Duque de Gandía S. Francisco de Borja. Solo pretendo que la pronta sumision con que, á pesar de la repugnancia que me infunde el amor propio, he obedecido el precepto de V. E. en la publicacion de este discurso, testifique en todo tiempo mi agradecimiento á los singulares favores, que me tiene dispensados su bondad.

EX.^MA S.^RA

B. L. M. de V. E.
su atento y obligado Capellan

Pedro Antonio Mugaburu
y la Encina.

Justus, si morte præoccupatus fuerit, in refrigerio erit. LIB. SAP. CAP. 4. V. 7.

El hombre, vínculo del mundo, y mundo pequeño, segun Sócrates, harmonía del universo, como le llama Aristóteles, cifra de todo lo criado, conforme á la definicion de Plinio, centro del saber, en expresion de Séneca, rey de la tierra, en lenguage de Plutarco, milagro grande, en idioma de Trimegisto. El hombre ¡que nobleza! el hombre, animal político, al decir de San Basilio, gobernador de todas las criaturas, juez universal, fin á que se ordena todo lo criado, contemplador de Dios, y ciudadano del Paraiso, si atendemos á los dichos de los Naciancenos, Ambrosios, Agustinos, Gregorios y Bernardos. El hombre ¡que dignidad! el hombre, obra peregrina de la mano del Criador, imágen y semejanza de Dios (1), en que reverberan los rayos de la divinidad, dueño ab-

soluto del mundo, que puesto baxo de sus pies (2) obedece sus decretos, y dobla la rodilla al movimiento del cetro, que el Ser supremo ha puesto en sus manos. El hombre ¡que excelencia! el hombre, poco inferior á los Angeles (3) ¿no ha de participar del privilegio de inmortalidad, que gozan estos? Su nobleza, su dignidad, su excelencia ¿no le han de preservar del funesto golpe con que le amenaza la desapiadada furia de la muerte, que le acomete sin respetar sus preeminencias? No: el hombre; el hombre tan noble, tan digno, tan excelente está sujeto ¡que desgracia! á la muerte: la fe lo dice, la experiencia lo confirma, todo lo visible lo vocea.

¿Quien es el hombre, diré con David (4), que vivirá, y no verá la muerte? Ah! Todos, asegura este Real Profeta (5), vendrán á parar en la nada, como los rios engrosando sus corrientes van á sepultarse en el piélago. En buen hora miéntras vivan, sentados unos en los tronos se hagan obedecer de algunos millones de vasallos, ocupen otros los mas elevados y dis-

tinguidos empleos, ennoblézcanse estos por haber nacido en unas cunas, en que se crian las mas ilustres prosapias, distínganse aquellos por la gloriosa carrera de las armas, ó por la noble quanto escabrosa senda de las letras, la muerte los iguala á todos, sin distinguir al Rey del vasallo, al noble del plebeyo, al sabio del ignorante, al Secular del Eclesiástico: los Reyes, los Príncipes, los Grandes, los Jueces, los Papas, los Cardenales, los Obispos, los Doctores todos en la muerte son polvo, ceniza, nada, ¡que miseria! Ninguno vivirá eterno en este mundo, dice el Sabio (6), porque todos los que naciéren, han de morir. Todos morimos, decia Tecuites á David (7). El cuerpo debe volver á la tierra de que fué formado (8). Decretada está, dice San Pablo (9), la muerte de todo hombre. ¡Sentencia indefectible! Querer reunir todos los documentos de la Escritura Santa, que confirman esta verdad, seria llenar el discurso de testimonios en una materia, que nos evidencia mas bien nuestra experiencia propia.

Nuestros ojos viéron algunos personages, que parecian inmortalizarse por sus heroycidades mundanas: vimos celebrar los famosos Conquistadores, que venciéron Imperios, destronáron Monarcas, y rindiéron Generales, oimos alabar los Sabios, que formáron sistemas científicos, se cantáron las tareas laboriosas de los Legisladores, se grabáron en los bronces, y se talláron en las piedras los hechos de los que por sus providencias zelosas á beneficio del público mereciéron llamarse Padres de la Patria; y quando quisimos asirlos para desempeñar las leyes de la gratitud, habian desaparecido, pereció con ellos su ruidosa memoria (10). No hay porque cansarnos en prolixas narrativas. ¿A que fin recurrir á los primeros siglos de la humanidad, para acordar que faltáron aquellos soberbios Nembrots, que poco satisfechos con las violentas tiranías con que sujetáron los hombres, quisiéron hacer guerra al Cielo mismo? ¿Aquellas famosas Semíramis, fundadoras de los muros de Babilonia, espanto universal del mundo? ¿Aquellos

gigantes, que con sola su presencia aterraban los hombres? ¿A que desentrañar los tiempos medios para buscar inútilmente aquellos Crésos, cuyas riquezas no tuviéron término? ¿Aquellos Monarcas, que con su nombre y autoridad henchian la tierra, y cuyos aguerridos exércitos igualaban en número á las arenas del mar? Nuestros padres, que acaso espiráron en nuestros brazos; nuestros hermanos, moradores dias ha de las lóbregas cavernas del sepulcro, nuestros amigos, á quienes vimos tendidos en el féretro, y lloramos la falta de consuelo, que hallábamos á nuestras aflicciones en su dulce compañía, las campanas, que redoblan diariamente á nuestros oidos por nuestros conciudadanos y compatriotas, los sumptuosos panteones, las hediondas sepulturas :::: todo, todo nos convence de que nada hay mas cierto en las cosas humanas, que la muerte, exerciendo sus rigores hoy en unos, mañana en otros.

¡Soberbios Nabucos! vosotros, que soñais una fingida estatua de inmortalidad, que apu-

rais todos los recursos humanos para dilatar vuestra vida hasta lo interminable, abrid los ojos, despertad el oido, que entrando la muerte, como dice Jeremías (11), por vuestras ventanas, que son los sentidos, conforme á la exposicion de San Ambrosio y San Gerónimo, no podreis ménos de traslucir esta piedrecilla, que divide en menudos trozos toda la fábrica: ella misma se desmorona. Las diferentes épocas de nuestra vida nos instruyen, acaso mas de lo que quisiéramos, sobre su desfallecimiento: en la niñez murió la infancia, aquella al llegar á la juventud, esta al principiar la edad varonil, y toda la robustez en el exôrdio de la ancianidad, segun reflexîona Plutarco. Por manera, que dirigiéndose el primer paso de nuestra vida al sepulcro, como advierte S. Agustin, y no principiando á multiplicarse nuestros dias, sino quando empieza su diminucion, ó empezando á morir, quando empezamos á vivir, segun San Bernardo, desde que nacimos, han ido muriendo en nosotros las edades y los instantes, é irán muriendo hasta el

último momento, que se simboliza en el primero. El envolver al tierno infante en las faxas ¿que otra cosa es, dice Tertuliano, que vestirle la mortaja? Los Gentiles, destituidos de la luz de la fe, los Sócrates, los Sénecas, los Lochagos, los Epitectos, todos están de acuerdo en una materia tan íntima, y Aristóteles en la definicion del hombre no se olvidó de esta qualidad suya: el hombre, dixo, es animal racional, y mortal. Siendo infinito el número de los necios, que no hay error, en que no se hayan precipitado, como advierte el célebre Lactancio, ninguno ha habido tan estólido, reflexîona un Sabio de nuestro siglo, que haya osado poner límites al dominio de la muerte; y quando hubiese alguno que intentase temerario reducir el círculo de su despotismo, ¿que burlado no quedaria en sus ideas altaneras, por mas que registrase los archivos del tiempo para buscar executorias contra la prescripcion de sus derechos, y asegurase en su apoyo todos los auxílios de la naturaleza?

He aquí que habiendo hablado otra vez

desde este sagrado puesto, de la muerte, como pena de un pecado de orígen, he querido ahora contemplarla como conseqüencia necesaria, segun la llama mi Angélico Doctor Santo Thomas (12), de una naturaleza corruptible, que compuesta de diferentes humores, forzosamente ha de sufrir la disolucion, no tanto para suavizar el injusto ceño con que miramos á nuestros primeros Padres, quando hablamos de la muerte, quanto para atacar en su último atrincheramiento á los insensatos, que á cubierto de unos discursos floridos, que lisonjean el gusto, ya que no se crean inmortales, se prometen prácticamente una paz ventajosa y duradera á pesar de los fuertes sacudimientos de este implacable enemigo, que acecha nuestros pasos.

¡Infelices! bien presto vereis el cuchillo sobre vuestra garganta: no, no tendreis la fortuna de escapar con vuestras astucias y ardides de tan inminente peligro, no lograreis la dicha de hallar medio decente y honroso para salvar vuestras vidas; ni las proposiciones de paz, ni las resistencias mas vigorosas bastarán á im-

pedir la execucion del golpe con que os amenaza la muerte. ¡O muerte! ¿Quien se atreverá ya á hacer oposicion á tus crueles designios? Los funestos despojos de las victorias, que has alcanzado por el dilatado espacio de tantos siglos, nos convencen de que ningun viviente se exîme de tus rigores. ¡Que tormentos! ¡que anxîedades al sentir el recio golpe de tu pesada mano! ¡Miserables nosotros! ¿Como no nos llenarémos de terror y espanto al contemplar la lamentable desgracia que nos espera? Las pupilas de nuestros ojos quedan inmobles, temiendo el fatal momento en que hemos de ser víctimas de tu furor iracundo: nuestro corazon desfallece con sola la prevision de tus dolorosas angustias, y arrojándonos á las márgenes de una tristeza inconsolable, colgamos de los sauces los instrumentos músicos, sin atrevernos á entonar harmoniosos himnos en el duro cautiverio, que sufrimos baxo un tirano tan inexôrable, que no sacia su sed ferina sino en los arroyos de sangre de una desolacion general: nuestro es-

píritu se acongoja con::: ¡Qué poca reflexîon la mia! Respirad, Christianos, desechad el temor, que puedan haber introducido en vuestro corazon mis palabras.

Ya entiendo, que un Etnico se acobarde, y desmaye con los horrores de la muerte, que llama lo mas terrible de las cosas terribles, porque la contemple como destruccion de las felicidades, y repute por irreparables sus pérdidas, no trasluciendo despues de ella cosa alguna capaz de resarcirlas: empero nosotros, que sabemos, que aunque sea natural el temor de la muerte, como la temiéron los Santos Job y David, el Justo no debe temer su juicio, como dice el Eclesiástico (13), que la muerte, segun el mismo (14), es mejor que una vida amarga, y que la del Justo, en expresion de San Bernardo y Santo Thomas de Villanueva, es el fin de los trabajos, consumacion de la victoria, puerta de la vida, y tránsito á una felicidad perfecta, no dudemos alabar como preciosa la de Francisco de Borja, que preocupado por la muerte, se halla en

un dulce refrigerio, porque ella le liberta de todos los males, y le asegura todos los bienes.

Dos reflexîones, que van á hacer el asunto y division de este breve discurso, implorando ántes los auxîlios de la divina gracia. AVE MARIA.

¡Qué contrarios son los sentimientos de la religion á los de la naturaleza en órden á la muerte! Nada hay mas opuesto (decia) á los principios de la religion, que los sentimientos de la naturaleza en órden á la muerte. Este pensamiento, que es de San Cipriano, me hace despreciar esas presencias de ánimo relumbronas, que tanto se aplauden en los héroes paganos en el momento de espirar. Alabe quien quiera la aparente inflexîbilidad de esos guerreros, que osados se arrojan con fiereza á los mas peligrosos asaltos, de esos Sócrates, que toman con serenidad el veneno, de esos Epitectos, que se prometen valor bastante para salir al encuentro á la muerte. Si pudiésemos desentrañar, ó penetrar el fondo

de esos hombres tan celebrados, nada hallaríamos mas que una dureza producida por el impetuoso viento de unas pasiones vengativas, que abrigadas en sus pechos sanguinarios, los inmolaban á su furor y su rabia; dando en esto mismo testimonio de una vergonzosa debilidad. Un Alexandro, que arrostra á la muerte en los mas porfiados combates, á luego que ella le asalta en Babilonia, ¿no hace resonar su palacio con unos ayes tristes y lamentables? ¿no consulta los adivinos y agoreras, é implora la proteccion vana de sus fementidas Deidades por medio de infames sacrificadores? Tribútense á competencia los mas pomposos elogios á un Caton moribundo, diga Séneca, que puso en libertad aquel espíritu generoso con que despreciaba todas las cosas humanas, ello es cierto, si asentimos al testimonio de Ciceron, que el terror que le infundia solo la representacion del César victorioso, inspiró á Caton la resolucion desesperada de buscar en la muerte su seguridad, por no tener valor suficiente para ver triunfante de su altivez al mismo que

él habia intentado derribar del trono de sus victorias. Los Anaxágoras, los Márcos Lúcios Lépidos, los Pomponios Aticos, los ::: Yo no puedo alabar estas exterioridades, ni persuadirme, que los Aristóteles y otros Filósofos despreciaban la muerte por mas que ellos intenten aparentarlo en sus agudas páginas. La Escritura Santa, que dictada por el Espíritu Divino, infinitamente recto y veraz, no puede adular, ni mentir, nos refiere (15) de un Antíoco, Rey de Grecia, que en la hora de morir exclama á sus confidentes: El sueño ha huido de mis ojos, me veo decaido de ánimo, y sumergido en el mar proceloso de una tristeza inconsolable. Ella nos recuerda, llenas de amarguras, la muerte de un Baltasar (16), la de un Herodes (17), y las de todos los que encorváron su corazon ácia la tierra, buscando la felicidad en la satisfaccion de sus brutales apetitos. ¿Y como no así? Aquellas almas carnales, que encantadas con los deleytes del siglo, tienen todas sus delicias en una vida mundana, y paz en sus riquezas, como dice el

Eclesiástico (18), forzosamente ha de serles amarga aun la memoria de la muerte.

Que distinto concepto debemos formar de la de Francisco de Borja, á quien las miserias de que está llena, como dice Job (19), la vida breve del hombre, y las tentaciones de una vida opuesta á la verdadera felicidad, dulcifican su tránsito, y hacen preciosa su muerte, que le asegura en la posesion de los verdaderos bienes eternos.

Las miserias de la vida. Este motivo que no se ocultó á los Sabios del Paganismo, regulado debidamente por los principios de la religion, infunde un horror santo á la vida insoportable. La vida del hombre, segun el Padre San Juan Chrisóstomo, no es otra cosa que una cadena de males, que no se interrumpe, y no damos un paso, que no vaya expuesto á un lamentable tropiezo. ¿Quien podrá expresar, dice el Padre San Gregorio, las miserias á que está sujeto el hombre, ora miremos á su cuerpo, ora avancemos á exâminar su alma en quanto permiten nuestros sen-

tidos groseros? Su cuerpo frágil y quebradizo gime baxo el imperio duro de los elementos, sufre mil dolencias y enfermedades, si reposa le domina la pereza, si trabaja se debilita con el exercicio, si ayuna, siente los rigores del hambre, si come, le empacha el alimento, lo que le preserva ó resarce las quiebras de una enfermedad, le acarrea otra mas sensible: á do quiera que alarga su mano para vigorarse, es atormentado por el mal, ó por su remedio.

Su alma no está ménos sujeta que el cuerpo á las miserias: hoy la vemos en los brazos de una confianza temeraria, mañana en los bordes de una funesta desesperacion, la tristeza la abate, la alegría la disipa, la cólera la transporta, la envidia la consume, el orgullo, el deleyte, la ambicion, la avaricia::::: Qué rápida sucesion de encontrados afectos la presenta su característica inconstancia, precipitándola en un abismo insondable, en que ni aun sabe dar razon de sus deseos, buscando con ansia aquello mismo que la

fastidia al punto que lo posee. Concluyamos con el mismo Santo Doctor, que parece un compuesto de quanto hay mas extraordinario en la naturaleza, y siempre y en todo contrario á sí mismo.

¿Sentirá Francisco la pérdida de una vida tan miserable, que es una continuada y prolixa muerte, como la llama San Gregorio? ¿Que pincel será capaz de delinearnos aquel ayre augusto y magestuoso con que se eleva sobre el sér frágil y perecedero, que va á abandonar? Léjos de acobardarse con el aspecto lúgubre y sombrío de la muerte, que camina ácia él con pasos agigantados en el viage que hace ya enfermo desde Francia á Roma, y que le anuncian á cada paso y en cada momento los fisicos mas hábiles, juzgando todos imposible llegue vivo á la Capital del mundo Christiano, deseoso de romper las ligaduras de su cuerpo, exclama muchas veces á su Dios con el Apóstol (20): ¿Quien me librará de la prision de este cuerpo? ¿Quien me sacará de esta vida insoportable? ¿Hasta

quando, Señor? ¿Hasta quando arrastraré sobre la tierra este sepulcro movible, en que mi espíritu está sepultado en la carne? ¿No se ha de destruir esta cabaña de tierra para ir á morar en aquella casa, que construida por el Supremo Artífice para habitacion de sus escogidos, ha de durar tanto como el mismo Artífice infinito (21)? ¡Ay de mí, quanto se alarga mi destierro (22)! Sacad mi alma de esta cárcel (23). Así exclama Francisco con David, como otro Nazianceno, penetrado de los sentimientos de su miseria, é impaciente por sacudir el yugo de una vida tan onerosa y desgraciada, que si entre tantas espinas coge alguna flor, es de aquellas de que dice el Real Profeta (24), que abiertas por la mañana, se marchitan ántes que el Sol termine su carrera, que nacida en las orillas de un arroyuelo, conserva sus bellos colores, hasta que creciendo las aguas, la fuerza de la corriente la sepulta en la inundacion, ó que en el momento mismo de su mayor verdor cae al golpe de la segur del Jardinero, sin

gozar un instante que le asegure su lozanía! ¡Que abundantes testimonios de esta verdad! Si consultamos la Escritura Santa, hallamos que los siete hijos y tres hijas del paciente Job fuéron sepultados entre las ruinas de la casa en que estaban comiendo y bebiendo alegremente (25): que Amnon, hijo de David, fué muerto á puñaladas en el espléndido banquete que le preparó Absalon (26). Si revolvemos los fastos profanos, vemos que el Emperador Valentiniano, disponiendo la guerra contra los Sármatas, espiró á impulsos de un repentino vómito de sangre, que su hermano fué abrasado en el fuego. ¿No vemos todos los dias sorprendidos por la muerte los que la contemplaban mas léjos de sí? ¿No está ella figurada con toda propiedad en aquella serpiente, de que dice el Eclesiástico (27) que jamas muerde con mas placer que en el silencio? ¿No es el ladron (28), que busca el lance de hallar dormidas las guardias? ¿No vendrá ella, como dice Jesu-Christo en el Evangelio (29), en la hora que ménos se pien-

sa, y esto aun quando sea natural, y despues de muchos años? ¿Que digo muchos años? Ochenta, ciento, ciento y veinte, que es la edad mas avanzada que conocemos, y que merece anunciarse en los papeles públicos, ¿que son para el que los ha disfrutado? Un momento, dice San Gregorio: un humo, que se disipa. Breves llamaba Job (30) los dias del hombre, aunque viviese ochocientos ó novecientos años, como vivian los antediluvianos: ¡O brevedad de la vida! ¡O dichoso aquel á quien el dia del Señor encuentra lleno del desprecio de una vida momentanea!

Quando hablo, Señores, á la presencia del Santuario de la serenidad con que Francisco de Borja termina la carrera de una vida casi imperceptible, no me llenaré de ideas de pura especulacion, como son las que trahe el Sabio Séneca en el difuso tratado que escribió sobre este argumento. Francisco sabe por testimonio de David (31), que la vida del hombre es una sombra que huye, y de donde saliendo el alma, entra en los brillantes y dilata-

dos espacios de la eternidad, segun el Eclesiástico (32). Francisco, que solo conservó la vida del cuerpo en quanto era necesario para obedecer al que infundió en él el alma, abandona sin pena lo que poseyó sin pasion; y si segun San Agustin la pérdida de un bien solo es sensible para quien fué agradable su goce, ¿con quanta satisfaccion diria Francisco? Huye de mí, vida falaz y engañosa: tus hechizos y promesas, que jamas cautiváron mi alma, no me encantarán en este momento felíz, en que saliendo de tus escabrosas sendas, por las que (33) he peregrinado ácia mi patria en el espacio tan dilatado para mí de sesenta y dos años, voy á gozar de los placeres de una paz eterna libre de tus tentaciones.

¡Las tentaeiones de la vida! ¡Ah! terrible escollo, en que peligra la verdadera felicidad! Miéntras vivimos sobre la tierra, dice San Gerónimo, estamos en un lugar de combate, en cuyas refriegas es continuo el peligro, sin que ninguno esté seguro, añade San Agustin. Si el pecado se puede expiar por

la gracia, ¿quien será tan insensato, que se gloríe de este don que ha recibido (34), y que lleva en unos vasos quebradizos de barro (35)? Obstinada pelea del espíritu y la carne, inclinacion al mal desde el nacimiento, libertad desarreglada de los sentidos, sugestiones del espíritu impuro, bellezas atractivas, objetos alhagüeños, violentos combates de las potestades de las tinieblas, exemplos de los mundanos, peligros en la mar, peligros en la tierra, peligros en la soledad, peligros en la poblacion, todo conspira á nuestra ruina el tiempo que disfrutamos una vida, que á medida que se alarga, multiplica las emboscadas de la milicia, que es la vida del hombre sobre la tierra, segun Job (36), en que hay que pelear contra enemigos visibles é invisibles, que triunfando mas de una vez del anciano solitario y del decrépito anacoreta, arrancan de su cabeza la corona, que parecia estar afianzada en sus sienes.

Esto obligó á San Cipriano á celebrar la muerte de aquellos que en la desolacion ge-

neral que hubo en su tiempo fuéron arrebatados por la muerte en la edad mas tierna, sin que la malicia corrompiese su corazon, á San Ambrosio á derramar abundantes lágrimas, poseido de una envidia santa en la muerte de un justo, y á Francisco de Borja, á que recostado en las márgenes de los rios de Babilonia, aumente sus corrientes con los copiosos raudales que arranca de sus ojos la memoria de Sion (37), y que el deseo de llegar á esta Ciudad Santa sea el único motivo de suspirar, como aconsejaba el Nazianceno. El conocimiento de las tentaciones y peligros á que estaba expuesto en esta vida, en que no podia gozar las satisfacciones de la Patria celesial, le precisa á renunciar los obsequios que le tributan á competencia los Duques de Ferrara y Saboya, y la Duquesa de Turin con toda la nobleza y plebe, rezeloso de malograr el fruto de su vida pasada si se dexase llevar de los aplausos lisonjeros, que alhagan nuestro corazon, empañándole con los humos que exhalan unos

incensarios aduladores. ¡Que alegremente canta este Divino Cisne por que en la muerte espiran todas las miserias de la vida, se acaba el temor de caer en el lazo, y ser presa de sus enemigos! Escarpadas rocas, heladas cimas del Monsenis, Navío soberbio, que le conduces por las corrientes caudalosas del Pó, Módena, Laneburg, Novacasa, Balignano: vosotros, que tuvísteis la dicha de sostener su cuerpo desfallecido y moribundo, llevándole con pompa y como en triunfo á recibir el galardon de sus victorias, decidnos, si es posible, las demonstraciones que visteis nada equívocas de alegría en su semblante, sobre que dexaba asomar la que reynaba en su corazon, porque terminaban las miserias de una vida breve, y se acababan las tentaciones de una vida, que se opone á la felicidad dilatándola, y exponiendo á peligro de perderla. ¿No canta agradecido á Dios como David: ¡O providencia infinita! ¡ó bondad inefable! quantas aflicciones y trabajos pusisteis á mis ojos? ¿De quantos peligros me libró vuestro brazo, y con-

virtiéndoos ácia mí, me vivificais sacándome del abismo de las miserias y del profundo lago de las culpas (38)? ¡Que dulces me son ahora aquellos dias en que me humillásteis! ¡Y quanto me regocijo por aquellos años en que sufrí los males (39)! ¿No dice con Elías (40): Llevad, Señor, mi alma? Y con Simeon: Ahora me dexais dormir en paz segun vuestra palabra (41)? ¡O que gozo el de Francisco al pasar de una vida miserable, breve y peligrosa á una vida eterna, dulce y segura! ¡Que tranquilidad! ¿Podrá entrar en cotejo la aparente serenidad de aquellos Entusiastas, que soplados por un viento furioso de fanatismo, y solícitos de grangearse una fama póstuma, se violentaban por disimular el sentimiento, que les causaba el abandonar una vida en que tenian todas sus delicias? ¡Eh! Olvidemos las pomposas serenidades de esos miserables, que por un espíritu de vanidad parecen insensibles á los honores, riquezas y comodidades que van á perder. ¿Que importa lleven descargado el brazo, si tienen oprimido su corazon? Ellos

lloran interiormente los estragos de este enemigo horroroso, que para Francisco es dulce objeto de sus mas tiernas complacencias, porque la contempla con el Nazianceno como sacudimiento del yugo de un duro cautiverio, y deposicion de la pesada carga de las miserias, y porque con el mismo Santo Doctor la considera como acceso á Dios, que colma sus deseos, le es preciosa, sin que las densas tinieblas tengan el menor influxo para ofuscar la paz de su espíritu al entrar en la posesion de los bienes eternos.

¿Me atreveré yo á descifrar aquellos bienes inefables que va á gozar Francisco, y cuya posesion suaviza su muerte, que no es mas que entrada á una dicha pura en su goce, inmensa en su grandeza, eterna en su duracion? Si el mismo Francisco despues de aquel dichoso rapto, en que enagenado de sí mismo por espacio de tres horas en el dia anterior al de su muerte, le fuéron revelados los secretos mas escondidos, y misteriosos, y vió el trono de gloria que le estaba prepa-

rado , solo prorumpió lleno de asombro en estas expresiones : ¡*O lo que acabo de ver de felicidad que ha de enjugar mis ojos , y hartar de dicha mis deseos*! ¿Quien no graduaria justamente de temeraria mi resolucion, si me empeñase en pintar lo que ni el ojo vió, ni el oido oyó (42)? Quando yo fingiese con Platon vistosos prados, frondosos árboles, olorosas flores , fuentes cristalinas , sabrosos manjares , músicas harmoniosas , ¿que serviria todo esto para formar la menor idea de aquel estado perfecto por la agregacion de todos los bienes , en que se gozan , como la define Boecio , todos juntos en la posesion del Sumo Bien, que es Dios? ¡Ah! La posesion de Dios magnífico en los premios llena de bienes el cuerpo y el alma.

El cuerpo no padece ya los desmayos del hambre , ni las fatigas de la sed , ni el Sol le abrasa , ni le hiela el frio (43). ¿Donde están los llantos y clamores? El mismo Dios enjuga sus lágrimas (44) : pasó el tiempo de la prueba , y el cuerpo dexa como la serpien-

te baxo la piedra del sepulcro la piel vieja de la mortalidad, mudando en cierto modo de naturaleza para entrar en la del espíritu, y revestirse de los ornamentos de la inmortalidad, ó por usar de una semejanza del Padre San Juan Chrisóstomo, al modo que el artífice viendo amohecida ó mutilada por la injuria de los tiempos la estatua que fué el desempeño de su mérito, la quiebra y arroja al fuego el metal para fundirla de nuevo, mejorando su construccion; así el Obrero Soberano, mirando la obra mas perfecta de sus manos desfigurada por la culpa, y sujeta á la corrupcion y podredumbre, la pasa por el fuego de la muerte, que la purifica de quanto tenia de grosero, para acabarla con remates mas bellos que los que tenia ántes, reformando nuestro cuerpo para configurarle á la claridad del suyo (45).

El alma se llena de todos los bienes imaginables: rodeada de los resplandores de gloria que participa á la vista del Sér infinito, descubre todas las riquezas capaces de reme-

diar sus indigencias , y saciar los senos casi inmensos de su corazon ; porque haciendo el Señor alarde de su grandeza , derrama pródigamente sus misericordias , embriaga á sus escogidos con la abundancia de los bienes de su casa , y les da á beber del torrente de sus delicias(46) en aquella mesa en que se celebran eternamente las bodas de su Unigénito , y revestidos todos de las estolas de inmortalidad(47), bañadas en la sangre del Cordero inmaculado(48), y coronados con las diademas de exquisita pedrería de todas las virtudes , participan la herencia de una gloria pura y sin mezcla de afliccion : su entendimiento vé claramente lo que ántes solo descubria por velos y enigmas como en un espejo (49), y su voluntad se alimenta con el amor mas puro , sin que desfallezca , como la esposa de los Cánticos, por la ausencia de su querido (50) ; pues que su ocupacion continua , como dice San Agustin , es ver , amar , y alabar al objeto que roba todas sus atenciones, cuyas perfecciones infinitas presentes en todos los instantes , transportándola

fuera de sí, la abrasan en vivas llamas de amor divino.

Quando para formar este tosco diseño de los bienes que grangea la muerte al justo por cumplir algun tanto con mi deber, no he hecho mas que copiar los rasgos de la Escritura y Padres, y el testimonio de aquella nos asegura, que el premio que Dios tiene preparado á los que le aman, excede no solo el mas eloqüente lenguage, sí tambien la basta comprehension del corazon humano (51), ¿quien será tan indolente con la cortedad de mis talentos, que les arguya de no haber encontrado adornos bastante artificiosos de la humana eloqüencia para bosquejar aquellos bienes, cuya vista próxîma alienta á Francisco de Borja para consolar despues del rapto á su hermano Don Thomas, que se lamentaba tiernamente por la muerte cercana, y decirle: *No lloreis; porque yo sé muy bien que no tengo título para ser llorado: voy á llenarme de felicidad.* ¿Que lengua será capaz de expresarlos? Solo el mismo Francisco, si ocupase hoy

este puesto, como de Lázaro resucitado finge el Venerable Orozco, pudiera decirnos, envuelto en la mas dulce sorpresa, quanto se aventajan en realidad aquellos bienes á los mas sublimes anuncios, al modo que aquella Reyna, que habiendo venido de las extremidades del Mediodia, deseosa de registrar los prodigios del sabio Salomon, cuya fama llegó á los últimos términos de la tierra, arrebatada en éxtasis, protesta que sus grandezas exceden sin comparacion á lo que la contaban (52). ¡O bienes inefables! ¡O bienes eternos!

El temor de dilatarme demasiado, y la firme persuasion en que estoy de que todos confesais la eternidad de los bienes, que se siguen á la muerte del Justo, me excusan el trabajo, á mi parecer importuno, de recorrer los Sagrados Libros para convenceros de una verdad tan constante, con que zaherian los Macabeos al impio Antíoco (53), y con que los Profetas consolaban á los que vivian afligidos en el mundo, particularmente Isaías,

que viendo, como dice el Sabio (54), todos los misterios de Jesu-Christo, y la felíz resurreccion que espera á todos los desconsolados, animaba á los de Sion á no temer la muerte, de que se levantarian como de un sueño (55), Jeremías á la hermosa Raquel, contristada en la pérdida de sus hijos (56), el Angel á Zacarías en la misteriosa destruccion de Jerusalen (57), San Ambrosio á las hermanas de Valentiniano, y Jesu-Christo mismo nuestro Maestro, y Doctor á las de Lázaro, asegurándolas que su hermano resucitaria á una vida eterna (58); cuyas palabras, advierte el Padre San Gerónimo, son de mas consuelo, que quanto escribiéron sobre esta materia Clantor, Platon, Clitomaco, Carneades, Pasidonio, Siro, y Ciceron, y las admirables sentencias de Pericles, Xenofonte, Horacio, Pulvillo, y Lucio, verdad que alentó á los Apóstoles á que despreciando las sangrientas amenazas de los que pudiendo matar el cuerpo, no tienen potestad de privar al alma de una vida eterna (59), colocasen el

estandarte de la Cruz en las mas elevadas almenas al frente de la soberbia Roma, y tremolasen las banderas del Evangelio en los quatro ángulos del Universo, sufriendo serenos, por poseer sus almas en la paciencia christiana, (60) las acusaciones en unos tribunales nefandos ante los Presidentes y Reyes, la comparecencia en las Sinagogas (61), sin intimidarse al medroso aspecto de los penetrantes aceros y pesadas cruces, á los Mártires á sellar con su sangre la verdadera doctrina, arrostrando para ello á las bestias carniceras, espirando entre las garras de los leones, ó uñas de los tigres, ó en el corazon de unos potros de hierro, á los Confesores á seguir las sendas de la virtud, á las jóvenes del sexô débil á caminar alegres á los cadahalsos y patíbulos con pasos tan bien sentados como si fuesen convidadas á los mas espléndidos banquetes, y á Francisco de Borja á que mirando la muerte como principio de una felicidad eterna, la tenga por ventajosa ganancia, como la llama el Apóstol escribien-

do á los Filipenses (62), y que ansioso de aquellos bienes verdaderos, y eternos, que consisten en la posesion de Dios, y registró quando arrebatado al cielo, se le reveláron como á Pablo misterios que al hombre no es lícito decir (63), y que viendo, como otro Esteban, los cielos abiertos (64), donde esperaba ver la gloria de Dios, cuya presencia puede únicamente saciar sus deseos, segun David (65), mire este dia como aquel de que dixo el mismo Real Profeta (66) Este es el dia del Señor, gloriémosnos, y regocijémosnos en él. Ya es tiempo ¡alma mia! de llegar á tu descanso, porque te ha hecho el Señor una gran misericordia (67). Ya te se franquea la entrada en la gran Ciudad de Dios. ¡O Jerusalen celestial! Pulsando están ya á tus puertas mis suspiros y deseos (68). ¡Que apetecibles son tus moradas, ¡Señor de las virtudes! mi alma desfallece y suspira por entrar en ellas (69). Habeis trocado en gozo mi llanto, roto el saco de mi cuerpo corruptible, y me habeis llenado de alegría (70).

Volviendo los ojos á su dulce Jesus, le dice usurpando las últimas palabras de San Juan en el Apocalipsi: Venid, buen Jesus (71): venid á romper las cadenas que me oprimen: venid á librarme de los males que me agovian: venid á ponerme en posesion de los bienes que me aguardan. ¿No deberé yo persuadirme fuesen estos los tiernos coloquios de Francisco de Borja con su Salvador, y Dios, en aquellos deliquios, que tuvo quasi continuos en los últimos instantes de su vida, quando sé que vuelto en sí, y preguntado por los asistentes si queria algo, solo respondió: *A Jesus quiero?* Sí, Señores, estos son los afectos de Francisco de Borja en aquel momento precioso, en que, por pagar el tributo comun impuesto á todo hombre, muere en el ósculo del Señor, que le pone en posesion de los verdaderos bienes eternos. ¡Que grande es, ¡ó bondad infinita! el torrente de suavidad y dulzura (72) que inunda á vuestros escogidos, quando rompeis sus ligaduras para que vayan á ofreceros sacrificios de alabanza, los

que suspiráron siempre por Vos, y pregun-
táron á las criaturas por hallaros! ¿Donde
está ¡ó muerte! tu tirano poderío? ¿Donde
tu fiero despotismo? Francisco de Borja se
burla de tus amenazas, debilita y desarma tu
pesado brazo. Ya no te queda otra cosa que
llevarte en despojo mas que un puñado de
tierra, que él despreció generosamente y tra-
tó con el mayor rigor: los ardores de tu vo-
racidad insaciable solo abrasan como el fue-
go del horno de Babilonia, las ligaduras de
este Justo, sin ofender un cabello de su ca-
beza; porque aunque haya muerto á los
ojos de los insipientes (73); goza de una
paz envidiable en el seno de su buen Padre
Abrahan, adonde ha sido trasladado. ¡Qué
dichoso tránsito! ¡que preciosa muerte!

En ella se alegran los Cielos por la entrada
triunfante de un Justo, que exênto de las mise-
rias y tentaciones de una vida breve, y peligrosa,
entra en la posesion de los verdaderos bienes
eternos, y ciñe sus sienes con la corona immar-
cesible (74), que jamas se marchitará, y el

mundo tiene un exemplar práctico de la suavidad que inunda al que duerme en el Señor, para que encendido en vivos deseos de iguales dulzuras, conserve al Señor su fé, se esfuerze en vencer los enemigos interiores y exteriores que le rodean; y consumando felizmente su carrera, pueda decir al Señor con el Apóstol (75), que le es debida de justicia aquella corona de gloria, que negándose al que no hubiere peleado legítimamente (76) el justo Juez y misericordioso la dará á todos los que le aman, y se disponen á recibirle con la lámpara encendida de la fé, bien provista del aceyte de la caridad y buenas obras para entrar á celebrar las bodas eternas con el Esposo amado en su mansion propia la gloria.

O. S. C. S. R. E.

CITAS.

(1) *Creavit Deus hominem ad imaginem suam.* Genes. c. 1. vers. 27.

(2) *Omnia subjecisti sub pedibus ejus.* Psalm. 8. vers. 8.

(3) *Minuisti eum paulo minus ab Angelis.* Ibid. vers. 6.

(4) *¿Quis est homo qui vivet, et non videbit mortem?* Psalm. 88. vers. 49.

(5) *Ad nihilum devenient tanquam aqua decurrens.* Psalm. 57. vers. 8.

(6) *Nemo est qui semper vivat.* Eccles. cap. 9. v. 4.

(7) *Omnes morimur.* Lib. 2. Reg. cap. 14. v. 14.

(8) *Revertatur pulvis in terram suam unde erat.* Eccles. cap. 12. v. 7.

(9) *Statutum est hominibus semel mori.* Epist. ad Hebr. cap. 9. v. 27.

(10) *Periit memoria eorum cum sonitu.* Psalm. 9. vers. 7.

(11) *Ascendit mors per fenestras vestras.* Jerem. cap. 9. v. 21.

(12) *Materia hominis est corpus tale quod est ex contrariis compositum, ad quod sequitur ex necessitate corruptibilitas: et quantum ad hoc mors est homini naturalis.* D. Thom. 2. 2. q. 164. art. 1. ad 1.

(13) *Noli metuere judicium mortis.* Eccli. cap. 41. v. 5.

(14) *Melior est mors quam vita amara.* Ibid. cap. 30. v. 17.

(15) *Recessit somnus ab oculis meis et concidi :: per eo tristitia magna :: et mortuus est Antiochus.* Lib. 1. Mach. cap. 6. à vers. 10. ad 16.

(16) Daniel cap. 5.

(17) *Confestim autem percussit eum* (Herodem) *Angelus*

Domini :: et consumptus à vermibus exspiravit. Actor. cap. 12. v. 23.

(18) *¡O mors quam amara est memoria tua homini pacem habenti in substantiis suis!* Eccli. cap. 41. v. 1.

(19) *Homo natus de muliere, brevi vivens tempore, repletur multis miseriis.* Job cap. 14. v. 1.

(20) *¿Quis me liberabit de corpore mortis hujus?* Epist. ad Roman. cap. 7. v. 24.

(21) *Scimus enim, quoniam si terrestris domus nostra hujus habitationis dissolvatur, quod aedificationem ex Deo habemus, domum non manufactam, aeternam in coelis. Nam et in hoc ingemiscimus habitationem nostram, quae de Coelo est superindui cupientes.* Epist. 2. ad Corinth. cap. 5. v. 1. & 2.

(22) *¡Heu mihi quia incolatus meus prolongatus est!* Psalm. 119. v. 5.

(23) *Educ de custadia animam meam.* Psalm. 141. v. 8.

(24) *Mane sicut herba transeat, mane floreat et transeat : vespere decidat, induret, & arescat.* Psalm. 89. v. 6.

(25) *Filiis tuis, et filiabus vescentibus, et bibentibus vinum in domo fratris sui primogeniti, repente ventus vehemens irruit à regione deserti, et concussit quatuor angulos domus, quae corruens oppressit liberos tuos et mortui sunt.* Job cap. 1. v. 18. & 19.

(26) *Praeceperat Absalom pueris suis dicens : Observate cum temulentus fuerit Amnon vino, et dixero vobis : Percutite eum et interficite : nolite timere ::: Fecerunt ergo pueri Absalon adversum Amnon sicut praeceperat eis Absalon.* Lib. 2. Reg. cap. 13. v. 28. et 29.

(27) *Si mordeat serpens in silentio.* Eccles. cap. 10. v. 11.

(28) *Dies Domini sicut fur in nocte, ita venit.* Epist. 1. ad Tessalon. cap. 5. v. 2.

(29) *Qua hora non putatis filius hominis veniet.* Luc. cap. 12. v. 40. *Venit Dominus servi illius in die qua non sperat, et hora qua ignorat.* Matth. cap. 24. v. 50.

(30) *Breves dies hominis sunt.* Job cap. 14. v. 5.

(31) *Dies ejus* (hominis) *sicut umbra praetereunt.* Psalm. 143. v. 4.

(32) *Ibit homo in domum aeternitatis suae.* Eccles. cap. 12. v. 5.

(33) *Dum sumus in corpore peregrinamur à Domino.* Epist. 2. ad Corinth. cap. 5. v. 6.

(34) *Si accepisti, quid gloriaris quasi non acceperis?* Epist. 1. ad Corinth. cap. 4. v. 7.

(35) *Habemus thesaurum istum in vasis fictilibus.* Epist. 2. ad Corinth. cap. 4. v. 7.

(36) *Militia est vita hominis super terram.* Job cap. 7. v. 1.

(37) *Super flumina Babylonis illic sedimus et flevimus, cum recordaremur Sion.* Psalm. 136. v. 1.

(38) *Quantas ostendisti mihi tribulationes multas et malas, et conversus vivificasti me, et de abyssis terrae iterum reduxisti me.* Psalm. 70. v. 20. *Eduxisti ab inferno animam meam, salvasti me à descendentibus in lacum.* Psalm. 29 v. 4.

(39) *Laetati sumus pro diebus, quibus nos humiliasti: annis, quibus vidimus mala.* Psalm. 89. v. 15.

(40) *Sufficit mihi Domine: tolle animam meam.* Lib. 3. Reg. cap. 19. v. 4.

(41) *Nunc dimitis servum Domine secundum verbum tuum in pace.* Luc. cap. 2. v. 29.

(42) *Oculus non vidit, nec auris audivit quae praeparavit Deus iis qui diligunt illum.* Epist. 1. ad Corinth. cap. 2. v. 9. & Isaiae cap. 64. v. 4.

(43) *Non esurient, neque sitient, et non percutiet eos aestus et sol.* Isaiae cap. 49. v. 10. & Apocalyp. cap. 7. v. 16.

(44) *Absterget Deus omnem lachrymam ab oculis eorum, neque luctus, neque clamor, neque dolor erit ultra, quia prima abierunt.* Apocalyp. cap. 7. v. 17. cap. 21. v. 4. et Isaiae cap. 25. v. 8.

(45) *Reformabit corpus humilitatis nostrae configuratum corpori claritatis suae.* Epist. ad Philip. cap. 3. v. 21.

(46) *Inebriabuntur ab ubertate domus tuae, et torrente voluptatis tuae potabis eos.* Psalm. 35. v. 9.

(47) *Amicti stolis albis.* Apocalyp. cap. 7. v. 9.

(48) *Laverunt stolas suas, et dealbaverunt eas in sanguine agni.* Ibid. v. 14.

(49) *Videmus nunc per speculum, et in aenigmate: tunc autem facie ad faciem.* Epist. 1. ad Corinth. cap. 13. v. 12.

(50) *Adjuro vos filiae Jerusalem, si inveneritis dilectum meum, ut nuncietis ei, quia amore langueo.* Cántic. cap. 5. v. 8.

(51) *Nec in cor hominis ascendit, quae Deus praeparavit iis, qui diligunt illum.* Epist. 1. ad Corinth. cap. 2. v. 9.

(52) *Major est sapientia, et opera tua, quam rumor, quem audivi.* Lib. 3. Reg. cap. 10. v. 7.

(53) *Tu quidem scelestissime in praesenti vita nos perdis, sed rex mundi defunctos nos pro suis legibus in aeternae vitae resurrectione suscitabit.* Lib. 2. Macab. cap. 7. v. 9.

(54) *Spiritu magno vidit ultima, et consolatus est lugentes in Syon.* Eccli. cap. 48. v. 27.

(55) *Vivent mortui tui , interfecti mei resurgent , expergiscimini et laudate , qui habitatis in pulvere , quia ros lucis ros tuus. Vade populus meus intra in cubicula tua.* Isaiae cap. 26. v. 19. & 20.

(56) *Vox in excelso audita est lamentationis , luctus , et fletus Rachel plorantis filios suos , et nolentis consolari super eis quia non sunt. Quiescat vox tua à ploratu , et oculi tui à lacrymis , quia est merces operi tuo ait Dominus , et revertentur de terra inimici , et est spes novissimis tuis ait Dominus , et revertentur filii ad terminos suos.* Jerem. cap. 31. v. 15. 16. & 17.

(57) *Respondit Dominus Angelo qui loquebatur in me verba bona , verba consolatoria::: Revertar ad Jerusalem in misericordiis , et domus mea aedificabitur in ea , ait Dominus exercituum , et perpendiculum extendetur super Jerusalem.* Zacar. cap. 1. v. 13. & 16.

(58) *Resurget frater tuus.* Joan. cap. 11. v. 23.

(59) *Nolite timere eos qui occidunt corpus , animam autem non possunt occidere.* Matth. cap. 10. v. 28.

(60) *In patientia vestra possidebitis animas vestras.* Luc. cap. 21. v. 19.

(61) *Tradent enim vos in conciliis , et in synagogis suis flagellabunt vos , et ad praesides , et ad reges ducemini propter me.* Matth. cap. 10. v. 17. et 18. et Marc. cap. 13. v. 9.

(62) *Mori lucrum.* Epist. ad Philip. cap. 1. v. 21.

(63) *Raptus est in paradisum , et audivit arcana verba, quae non licet homini loqui.* Epist. 2. ad Corinth. cap. 12. v. 4.

(64) *Ecce video Coelos apertos.* Actor. cap. 7. v. 55.

(65) *Satiabor cum apparuerit gloria tua.* Psalm. 16. v. 15.

(66) *Haec est dies, quam fecit Dominus, exultemus, et laetemur in ea.* Psalm. 117. v. 24.

(67) *Convertere anima mea in requiem tuam, quia Dominus benefecit tibi.* Psalm. 114. v. 7.

(68) *Stantes erant pedes nostri in atriis tuis Jerusalem.* Psalm. 121. v. 2.

(69) *¡Quam dilecta tabernacula tua Domine virtutum! concupiscit, et deficit anima mea in atria Domini.* Psalm. 83. v. 2. & 3.

(70) *Convertisti planctum meum in gaudium mihi, conscidisti saccum meum, et circumdedisti me laetitia.* Psalm. 29. v. 12.

(71) *Veni Domine Jesu.* Apocalip. cap. 22. v. 20.

(72) *¡Quam magna multitudo dulcedinis tuae Domine, quam abscondisti timentibus te!* Psalm. 30. v. 20.

(73) *Visi sunt oculis insipientium mori:. illi autem sunt in pace.* Sap. cap. 3. v. 2. & 3.

(74) *Percipietis immarcescibilem gloriae coronam.* Epist. 1. Petr. cap. 5. v. 4.

(75) *Bonum certamen certavi, cursum consummavi, fidem servavi: in reliquo reposita est mihi corona justitiae, quam reddet mihi Dominus in illa die justus judex: non solum autem mihi, sed et iis, qui diligunt adventum ejus.* Epist. 2. ad Timoth. cap. 4. v. 7. & 8.

(76) *Qui certat in agone non coronatur nisi legitime certaverit.* Ibid. cap. 2. v. 5.